

LA LITURGIA DEL TRABAJO. «LEVANTADO DE LA TIERRA, ATRAERÉ A TODOS HACIA MÍ» (JN 12, 32) EN LA EXPERIENCIA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

[THE LITURGY OF WORK «LIFTED UP FROM THE EARTH, I SHALL DRAW ALL PEOPLE TO MYSELF» (JN 12:32) IN THE EXPERIENCE OF ST JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER]

GUILLAUME DERVILLE

SUMARIO: 1. JN 12, 32: INTERPRETACIÓN GENERAL Y LECTURA PARTICULAR DE SAN JOSEMARÍA. 1.1. *La cruz como polo de atracción y triunfo del amor divino*. 1.2. *La interpretación de Jn 12, 32 en una experiencia de San Josemaría*. 2. JN 12, 32 COMO PROPECÍA DEL CULTO: ORACIÓN Y EUCARISTÍA. 2.1. *Culto y trabajo como obras de Dios*. 2.1.1. *Cristo no está aislado, vive en nosotros*. 2.2. *Tres razones por las cuales el trabajo es oración*. 2.2.1. *La promesa y la permanencia: Cristo, su oración y nuestro trabajo*. 3. EL TRABAJO Y LA EUCARISTÍA, UN SÓLO CULTO PARA EL MISMO FIN. 3.1. *Creación, trabajo y Eucaristía*. 3.2. *Trabajo y Eucaristía: permanecer en Dios y amarle*. 3.3. *Cuatro finalidades comunes al trabajo y al sacrificio eucarístico*. 3.3.1. *Adoración*. 3.3.2. *Acción de gracias*. 3.3.3. *Petición*. 3.3.4. *Reparación*. 3.4. *La Eucaristía exige el trabajo*. 4. EL CULTO DEL TRABAJO COMO SERVICIO Y APOSTOLADO. 4.1. *La dimensión apostólica del trabajo*. 5. CONCLUSIÓN.

Resumen: Con la exaltación de la Cruz, las palabras de Jn 12, 32 profetizan el abajamiento y la glorificación de Cristo, cuyo amor así manifestado atrae a todos los hombres. San Josemaría recibe el texto joánico de manera original: es el trabajo del hombre lo que eleva la cruz en el mundo y lleva a la humanidad entera hacia ella. Jn 12, 32 se interpreta también como anuncio del culto cristiano, y particularmente de la Eucaristía. Así, culto y trabajo se encuentran: son obra de

Abstract: The words of Jn 12, 32 prophesy the humiliation and glorification of Christ on the Cross. His love, manifested in this way, attracts all of mankind. St. Josemaría understands the Johannine text in an original way. He takes it to mean that the Cross is raised up in the world and attracts humankind whenever a Christian performs his ordinary work in a holy way. Jn 12, 32 is also traditionally interpreted in relation to Christian worship, particularly to the Eucharist. In this

Dios, oración, sacrificio y apostolado. En torno a la ofrenda de la vida se perfila una verdadera *liturgia del trabajo*.

Palabras clave: Redención, Trabajo, Liturgia.

sense, ordinary work and worship meet: both are God's work; prayer; sacrifice; apostolate. An authentic «liturgy of work» may be said to derive from the idea of Christian self-oblation.

Keywords: Redemption, Work, Liturgy.

El Papa Benedicto XVI bendijo el 14 de septiembre de 2005 la estatua de San Josemaría Escrivá de Balaguer instalada en un nicho exterior de la basílica de San Pedro¹. En este acontecimiento se da una coincidencia entre la fecha de la ceremonia, fiesta de la Cruz gloriosa, y el sentido de las palabras de Jesucristo grabadas en la parte inferior de la obra de mármol, sobre un libro que un ángel sostiene abierto: «Et ego si exaltatus fuero a terra, omnes traham ad meipsum» (Jn 12, 32). La atención recae sobre esta profecía de Cristo. ¿Cuál es el motivo que ha llevado a la elección de estas palabras y no de otras? Es obvio pensar que se trata de un pasaje de la Escritura particularmente significativo en la vida y en el mensaje del Fundador del Opus Dei. Josemaría Escrivá es conocido, con merecido título, como «el santo de la vida ordinaria»², y como el apóstol de la santificación del trabajo. Pero ¿qué relación tiene esto con Jn 12, 32?

La respuesta a esta cuestión será el primer objeto del presente esfuerzo de meditación teológica. A continuación, reflexionando sobre Jn 12, 32, se podrá conectar la noción de trabajo con la de culto. Esto permitirá ilustrar algunos aspectos de la relación entre trabajo y oración, y entre trabajo y Eucaristía, especialmente en el marco de las enseñanzas de San Josemaría, para concluir con una referencia a la proyección apostólica del trabajo.

1. Cfr. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua francesa, n. 39 del 27.IX.2005. Agradezco a Francisco Javier Suárez Martel y a José Manuel Martín Quemada la traducción de este artículo del francés al castellano, y sus sugerencias.

2. JUAN PABLO II, «Discurso del 7.X.2002», en Roma, a los participantes en la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer.

1. JN 12, 32: INTERPRETACIÓN GENERAL Y LECTURA PARTICULAR DE SAN JOSEMARÍA

1.1. *La cruz como polo de atracción y triunfo del amor divino*

Después de su entrada triunfal en Jerusalén, Cristo es glorificado por su Padre en una misteriosa teofanía, para asombro de las muchedumbres. Como más tarde en Getsemaní —en un momento de angustia, pero también de intimidad con el Padre, y seguramente de alegría interior³—, las dos voluntades del Verbo encarnado convergen en la aceptación de la cruz; la voluntad humana de Jesús se somete a su voluntad divina: «¿Y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora?, si para eso vine a esta hora» (Jn 12, 27). Cristo pronuncia entonces lo que podríamos llamar una revelación: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». El evangelista precisa: «Decía esto señalando de qué muerte iba a morir» (Jn 12, 33). La *elevación* de Cristo, sobre la cruz y simultáneamente en la gloria, es ante todo un anuncio de su muerte, como había ocurrido en una revelación de sí mismo a los judíos: «Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que como el Padre me enseñó así hablo» (Jn 8, 28).

La fiesta del 14 de septiembre se llama exactamente *in exaltatione Sanctae Crucis*, fiesta de la exaltación de la Santa Cruz. La Liturgia de las Horas incluye ese día un pasaje de una homilía de San Andrés de Creta, que retoma la frase de San Juan y describe cómo gracias a la cruz somos llevados a las alturas: por la cruz, Cristo ha vencido la muerte; la cruz, sufrimiento y trofeo, se convierte en gloria y exaltación de Cristo. La Liturgia de la Palabra, en la Misa de esta misma fiesta, hace una referencia a la tipología de la cruz, que se compara al mástil sobre el cual Moisés eleva la serpiente de bronce en el desierto como signo de salvación (cfr. Nm 21, 4-9, interpretado como señal de misericordia por Sab 16, 7 y evocado por Jn 3, 14). Con la lectura del himno de la carta a los Fili-

3. La plena aceptación de la cruz viene siempre acompañada de una profunda alegría interior: esta conexión está muy presente en San Josemaría. Me limitaré aquí a algunos aspectos de Jn 12, 32, que requerirían un desarrollo, especialmente de orden soteriológico, escatológico (juicio), pneumatológico y eclesiológico (pienso, en particular, en el ecumenismo).

penses (2, 6-11), la liturgia proclama además el abajamiento y la exaltación de Cristo, que culminan con la evocación del culto rendido a la gloria de Dios. Por último, con la proclamación del evangelio de Juan, desvela el corazón mismo del misterio de la redención: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito» (3, 16). Josemaría Escrivá resume el misterio del Crucificado diciendo que Jesús está en la cruz «con el corazón traspasado de amor por los hombres»⁴. La muerte de cruz del Hijo es el signo del amor de Dios hacia los hombres: he aquí la razón que explica que éstos sean atraídos por Él.

Pero la cruz no es sólo amor: es también el triunfo del amor. ¿Cómo se puede hablar de exaltación de la Santa Cruz? Poco antes de su profecía sobre la atracción de todos los hombres hacia él, Cristo escucha la voz del Padre que alaba la aceptación de la muerte por el Hijo. En respuesta a su abandono filial a la voluntad del Padre, y por tanto al consentimiento acerca de su muerte («Padre, líbrame de esta hora... Si para eso vine a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre!»), Jesús escucha la voz del cielo: «Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré» (Jn 12, 27-28). Cristo rogará más tarde a su Padre asociando de nuevo la gloria de ambos a su propia muerte: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique» (Jn 17, 1). Joseph Ratzinger explica esta misteriosa glorificación —no sólo de la cruz, sino de la muerte misma de Cristo— a la luz de la institución de la Eucaristía: «El evento de la última Cena consiste en que Jesús distribuye su Cuerpo y su Sangre, es decir, su existencia terrena, donándose a sí mismo. En otras palabras, el evento de la última Cena es una anticipación de la muerte, la transformación de la muerte en un acto de amor. Sólo en este contexto se puede comprender lo que quiere decir Juan cuando llama a la muerte de Jesús glorificación de Dios y glorificación del Hijo (cfr. Jn 12, 28; 17, 1). La muerte, que por naturaleza es el fin, la destrucción de toda relación, es transformada por Él en un acto de comunicación de sí mismo; y esto es la salvación de los hombres, en cuanto que esto significa que el amor vence a la muerte. Lo mismo se puede expresar desde otro punto de vista: la muerte, que es el fin de la palabra y el fin del sentido, se hace palabra y morada del sentido que se dona»⁵. Con estas breves pinceladas

4. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, n. 165.

5. J. RATZINGER, *Il cammino pasquale*, Ancora, Milano 1986, 104.

queda ya esbozado el marco evangélico y teológico en el cual se inscribe la experiencia mística vivida por Josemaría Escrivá el 7 de agosto de 1931, seis años después de su ordenación sacerdotal, y a menos de tres años de la fundación del Opus Dei. Dejemos ahora que hable la historia: la de un alma, cuyo relato en este punto se funde con el de una Obra. ¿Por qué esta inscripción en el mármol?

1.2. *La interpretación de Jn 12, 32 en una experiencia de San Josemaría*

El texto de San Juan abarca dos aspectos significativos de la historia y del carisma del Opus Dei. El 7 de agosto de 1931, Josemaría Escrivá de Balaguer celebraba el sacrificio eucarístico cuando, de repente, durante la elevación de la hostia, justo después de la consagración, se presentaron a su espíritu de manera impetuosa las palabras de Jn 12, 32. La relación de todo cristiano con el evangelio comporta una dimensión íntima y personal. La Palabra de Dios y la vida de Cristo constituyen la clave de toda vida auténticamente cristiana. Sin embargo, en este caso tiene lugar un fenómeno particular, en la forma de lo que se suele denominar locución divina: las palabras de la Escritura martillean el alma de una manera ineluctable, con un sentido evidente y a la vez nuevo. San Josemaría recoge así el episodio en sus *Apuntes íntimos*: «Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas»⁶. La experiencia golpeará al joven sacerdote, en tanto que fundador, pues afectará a toda su concepción de la existencia cristiana.

Josemaría Escrivá entiende (intelectualmente, sin duda: no se trata de una voz) las palabras de Cristo en la versión de la Vulgata: «Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum»; la neo-Vulgata retoma la fórmula mayoritaria en los manuscritos, «omnes traham» (*pan-tas*), en lugar de «omnia» (*panta*). Pero no me detendré sobre este pun-

6. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 217 (7.VIII.1931), en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Vol. I: *¡Señor, que vea!*, Rialp, Madrid 1997, 381.

to, porque el sentido de ambas es equivalente, y la cuestión resulta además relativamente marginal por lo que respecta a la perspectiva de este artículo⁷.

¿Cuál es entonces el horizonte fundacional que se dibuja en la locución de Jn 12, 32? Pedro Rodríguez ha señalado sus grandes líneas⁸. Sitúa la perícopa en el contexto evangélico, y completa el cuadro con algunas citas de San Josemaría, para poner de manifiesto finalmente el sentido espiritual que adquirió este versículo en el alma del fundador. En el tiempo de la Iglesia, la redención, realizada por Cristo de una vez para siempre ofreciéndose a sí mismo («redención objetiva»; cfr. Heb 7, 27), es constantemente actualizada por el Espíritu Santo en los corazones («redención subjetiva»)⁹. La exaltación sobre la Cruz, acto culminante de la redención objetiva, inseparable de la resurrección y de la ascensión, para Escrivá expresa la redención subjetiva: Cristo quiere ser elevado de nuevo. San Josemaría ve aquí la exaltación de la cruz con una luz particular: en la actividad secular, el cristiano, si está unido a Cristo, alza la cruz, amor salvador; siempre unido a Cristo, levanta la cruz ante el mundo del que forma parte. El bautizado está llamado a santificar su trabajo, a santificarse en su trabajo, y a santificar a los demás con su trabajo. Esta triple dimensión —objetiva (hecho con perfección técnica y ética, como ofrenda a Dios), personal (que lleva a la mejora, a la maduración humana y cristiana, y a la identificación con Cristo) y social (realizado como servicio a los demás, en testimonio de apostolado y como contribución a la resolución de los problemas sociales)— hace del trabajo una actividad santa y santificante, un lugar de encuentro con Cristo, de conversión personal y de evangelización; un medio de identifica-

7. San Jerónimo había traducido «omnia», siguiendo el texto manuscrito sobre el que se funda su traducción. Toda la creación es atraída por Cristo; el hombre de manera eminente: cfr. Rom 8, 19-22.

8. Cfr. P. RODRÍGUEZ, «La “exaltación” de Cristo en la Cruz. Juan 12, 32 en la experiencia espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer», en G. ARANDA Y OTROS (dirs.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. José María Casciari*, Eunsa, Pamplona 1994, 573-601. Véase también: SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, edición crítico-histórica de P. RODRÍGUEZ, 3.ª ed., Rialp, Madrid 2004, 485-486 (comentario del punto 301); L.F. MATEO-SECO, «Sapientia Crucis. El misterio de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer», *Scripta Theologica* 24 (1992) 419-438; A. ARANDA, *El bullir de la sangre de Cristo. Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, 255-278.

9. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, 18.V.1986, n. 24.

ción misteriosa con Jesús, una progresiva divinización, un proceso de crecimiento en la filiación divina. Curiosamente, la palabra trabajo encuentra nuevamente aquí, por su unión a la cruz, su primera etimología (*tripalium*, instrumento de tortura); pero alcanza sobre todo su sentido último, el don de sí por amor: sobre la Cruz, Jesús dona la mayor prueba de amor, que es ofrecer su vida por sus amigos (cfr. Jn 15, 13).

Esta teología de la cruz culmina con el reinado de Cristo en los corazones y, a partir de ellos, en el mundo. Escrivá glosa así su experiencia de Jn 12, 32: «Unidos a Cristo por la oración y la mortificación en nuestro trabajo diario, en las mil circunstancias humanas de nuestra vida sencilla de cristianos corrientes, obraremos esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado sobre la Cruz, donde se ha dejado enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres. Así simplemente, trabajando y amando en la tarea que es propia de nuestra profesión o de nuestro oficio [...], cumplimos ese quehacer apostólico de poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres: porque ninguna de esas limpias actividades está excluida del ámbito de nuestra labor, que se hace manifestación del amor redentor de Cristo»; el trabajo es «el punto de encuentro de nuestra voluntad con la voluntad salvadora de nuestro Padre celestial»¹⁰.

2. JN 12, 32 COMO PROFECÍA DEL CULTO: ORACIÓN Y EUCARISTÍA

Ante este horizonte, la reflexión del cardenal Ratzinger sobre Jn 12, 32 como anuncio del culto litúrgico abre una perspectiva sugestiva: «El sacrificio adopta ahora la forma de la cruz de Cristo, de amor que se ofrece en la muerte. Un amor que, más que destrucción, es una recreación, y retorno de la creación a ella misma. El culto resulta así una participación en la Pascua de Cristo, en su “paso” de la muerte a la vida, hacia la unión de Dios y del hombre. El culto cristiano aparece como la realización concreta de la palabra que Jesús pronuncia en el Templo de

10. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta*, 11.III.1940, n. 13, en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei*, cit., 383-384. Véase también SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., nn. 105 y 183.

Jerusalén, el último día de la gran semana, el domingo de Ramos: “Y yo, elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”¹¹. He mostrado precedentemente que Escrivá, en una visión carismática, a la vez muy personal y central en su mensaje de santificación en medio del mundo, aplica Jn 12, 32 al trabajo. Ratzinger, en la cita apenas mencionada, considera por su parte que Jn 12, 32 se realiza en el culto cristiano. ¿Se pueden reunir culto y trabajo? La sustancia de Jn 12, 32, para Ratzinger es la participación en la creación, una nueva creación —en tanto que es redención, muerte y resurrección—, en la cual la medida del amor es aquella del sacrificio de la cruz.

2.1. *Culto y trabajo como obras de Dios*

En hebreo el culto se designa como la adoración de Dios, el culto de Dios, una expresión que remite a la idea de sumisión y de servicio (*abodat Elohim*). Si existe una definición genérica de culto y trabajo, común a ambos conceptos, es probablemente la de obra de Dios. Ratzinger entiende el culto esencialmente como *actio Dei*¹². El *opus Dei*, en efecto, designa tradicionalmente la oración oficial de la Iglesia. Dios actúa en los sacramentos; durante la Misa, que es su centro y su culmen¹³, allí donde un pobre hombre —el sacerdote— pronuncia las palabras de la consagración, es Jesús quien habla: «Éste es mi Cuerpo entregado por vosotros». La Eucaristía, memorial del Misterio pascual, actualización y ofrenda del sacrificio de Cristo, es acción divina, *opus Dei*: el Hijo se ofrece al Padre por el Espíritu y, durante la elevación, se expone a la adoración de los fieles para unirlos a continuación a Él por la Comunión. El Concilio Vaticano II proclama que el sacrificio eucarístico es «fuente y culmen de la vida cristiana»¹⁴; de modo análogo, Josemaría Escrivá afirma a menudo que la Misa es «centro y raíz»¹⁵ de la vida espiritual, y que toda nuestra vida, cada una de nuestras jornadas, debe convertirse en una Misa. Así se alcanza lo que él denomina «la unidad de vida»; es-

11. Cfr. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2001.

12. Cfr. *ibid.*, 42, 195-201.

13. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Ad gentes*, n. 9.

14. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

15. Cfr., por ejemplo, SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., nn. 87 y 102.

te fenómeno, que es fruto a la vez de una tarea humana y de un don divino, *opus Dei*, orienta hacia la cohesión armónica del ser —corazón, inteligencia y voluntad— en una síntesis vital de trabajo y oración. «En la línea del horizonte», enseña San Josemaría, «parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...»¹⁶. La tierra que entra en el cielo: en cierta manera ¿no es esto precisamente la liturgia de la Iglesia, el mundo reconciliado con Dios, según las palabras de Agustín inspiradas en San Pablo¹⁷? Es Cristo que atrae a sí todas las cosas. Y esto coincide con la descripción del culto eterno que recoge el Apocalipsis: «Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos, un Cordero, como degollado. [...] Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: “Al que está sentado en el trono del Cordero, alabanza, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos”» (Ap 5, 6.13). En la perspectiva judía y cristiana, el cosmos entero es «un mundo esencialmente litúrgico», afirma Bouyer, que ve este mundo expandirse «en torno al mundo inteligible»¹⁸, personal: por eso el «omnia» y el «omnes» de Jn 12, 32 se reúnen.

Retomando la pregunta antes planteada, ¿puede atribuirse carácter cultural al trabajo? Ésa es la invitación de San Josemaría: «Lucha para conseguir que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro y la raíz de tu vida interior, de modo que toda la jornada se convierta en un acto de culto —prolongación de la Misa que has oído y preparación para la siguiente—, que se va desbordando en jaculatorias, en visitas al Santísimo, en ofrecimiento de tu trabajo profesional y de tu vida familiar...»¹⁹. El fin al que está destinado el hombre es la gloria de Dios. El culto es la acción, humana y divina a la vez, más elevada. Debe hacerse en espíritu y verdad, como Jesús enseñó a la samaritana (cfr. Jn 4, 23-24). Las dimensiones limitadas del templo saltan por los aires (cfr. Ap 21, 22), porque el mundo entero se convierte en altar donde ofrecer el trabajo —las actividades de cada día— en el cual cada uno es sacerdote de su propia

16. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Conversaciones*, Rialp, Madrid 1968, n. 116.

17. Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermo* 96, 7, 9: PL 38, 588: «*Mundus reconciliatus, Ecclesia*»; cfr. 2 Cor 5, 19.

18. L. BOUYER, *Cosmos. Le monde et la gloire de Dieu*, Cerf, Paris 1982, 323.

19. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, Rialp, Madrid 1987, n. 69.

existencia (cfr. 1 Pe 2, 5; Ap 5, 10). He ahí el «culto espiritual» (Rom 12, 1) ligado al único sacrificio, el de Cristo²⁰. «Se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica»²¹; y con él, la vida familiar y las ocupaciones ordinarias son llamadas a convertirse en *opus Dei, operatio Dei*: obra de Dios, trabajo de Dios. Culto y trabajo forman una sola realidad: Escrivá habla de ¡una Misa de veinticuatro horas! La confluencia de voluntades en el altar del trabajo es la glorificación de Dios y la del hombre, como ocurre sobre la cruz; y en el trabajo se reproduce así igualmente la oración sacerdotal de Cristo: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique; ya que le diste poder sobre toda carne, que él dé vida eterna a todos los que Tú le has dado» (Jn 17, 1-2). En su trabajo, el cristiano, unido a la persona de Cristo e inhabitado por su Espíritu, crece en filiación divina. San Pablo explica a los Romanos esta glorificación: «El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también glorificados con él. Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rom 8, 16-18).

2.1.1. *Cristo no está aislado, vive en nosotros*

Con su trabajo el hombre imita los treinta años de vida escondida del Señor, el artesano (cfr. Mc 6, 3), el hijo del carpintero (cfr. Mt 13, 55). Trabaja con el sudor de su frente (cfr. Gn 3, 17.19), sufre, goza, se apasiona, se adelanta en el servicio a los demás. Si todo esto es vivificado por la oración, la mortificación, la Eucaristía y el sacramento de la penitencia, entonces el cristiano puede repetir con San Pablo: «con Cristo estoy crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2, 19-20). En él, todos los hombres sin excepción, porque el sacrificio es universal, «son acogidos por las manos abiertas de Cristo en la cruz (cfr. Jn 12, 32)»²². En efecto, como afirma Pascal, hemos de considerar a Je-

20. Cfr. J. RATZINGER, *Faire route avec Dieu. L'Église comme Communion*, Parole et Silence, Paris 2005, 104-105.

21. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Conversaciones*, cit., n. 10.

22. J. RATZINGER, *Faire route avec Dieu*, cit., 60.

sucristo en todas las personas y en nosotros mismos: «ha tomado nuestra condición desgraciada para poder estar en todas las personas y ser modelo de todas las condiciones»²³. El amor de Cristo atrae a los hombres, de modo que la cruz no es vana (cfr. 1 Cor 1, 17): sólo ella permite esta locura de la fe cristiana que propone ideales muy elevados a gente débil por naturaleza. Como escribía el cardenal Ratzinger, el Crucificado, muerto solo, no se levanta solo: «Tras su resurrección, Cristo no está solo, pues él es —como dicen los Padres de la Iglesia— “*caput et corpus*”: la Cabeza y el Cuerpo, abierto para todos nosotros. Así se realiza su palabra: “Y yo, elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”»²⁴. Madre de los miembros de Cristo, la Virgen María coopera en esta atracción conduciéndoles hacia la cruz, consentimiento amoroso al designio divino²⁵.

2.2. *Tres razones por las cuales el trabajo es oración*

Por la unión a Dios, especialmente a través de la oración y de los sacramentos que brotan de la Cruz (cfr. Jn 19, 34), el trabajo se convierte en oración. ¿Cómo es posible? San Josemaría afirmaba: «Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas»²⁶.

Ahí están los tres motivos incoados por Escrivá, en un texto que, ciertamente, no pretende elaborar una teología del trabajo, pero no por eso deja de ser muy significativo. En un primer momento, propondré una lectura de este texto a la luz de la consagración bautismal, por una parte como infusión de las virtudes teologales, y por otra como inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma.

En efecto, en la afirmación de San Josemaría aparecen, como en filigrana, las tres virtudes teologales. La fe en la creación y la vocación pri-

23. B. PASCAL, *Pensées*, frg. 946 (ed. Brunshvicg).

24. J. RATZINGER, *Dieu est proche. L'Eucharistie au cœur de l'Église*, Parole et Silence, Paris 2005, 49.

25. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 149; CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, nn. 53, 58.

26. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 48.

migenia del hombre sobre la tierra; el amor de Dios —tanto en sentido objetivo como subjetivo— sin el cual no podríamos amarlo a Él; y la esperanza de la promesa. Como toda oración, como toda acción litúrgica, el trabajo está impregnado por el ejercicio de las virtudes teologales. Bouyer, por ejemplo, define la vocación profesional en relación con la fe y el amor, tomando como referencia Gal 5, 6: el hombre «deberá hacer, de la obra a la cual se sentirá poco a poco particularmente destinado, su modo propio de vivir la caridad, el don de sí al designio creador, generoso, de Dios mismo, correlativamente descubierto por la fe»²⁷.

Pero también se puede leer el texto de Escrivá en una perspectiva trinitaria: si el trabajo se puede transformar en oración es porque Dios Padre, Creador del cielo y de la tierra, ha puesto al hombre en el mundo con esta meta; porque el Hijo nos ha manifestado el amor del Padre con su entrega de amor; porque el Espíritu Santo hace nacer la esperanza en nuestros corazones. El trabajo reviste por tanto una dimensión trinitaria, a imagen de toda liturgia cristiana. No podía ser de otro modo. En efecto, como afirma Lucas Francisco Mateo-Seco, «la liturgia es el modelo sobre el que basar la piedad personal», y su objeto «es la glorificación de la Trinidad. Éste fue también el centro de la vida y de la muerte de Jesús: dar gloria al Padre mediante su obediencia y entrega. Inmersa en la actuación de Cristo, la liturgia tiene estructura esencialmente trinitaria. También la piedad de cualquier cristiano debe tener estructura trinitaria»²⁸. Esto se aplica sin duda al trabajo, en el cual el cristiano se une al Crucificado, atraído por su amor. De hecho, como ha señalado José Luis González Gullón, «la elevación de Jesús en la cruz es, en sí misma, una glorificación de carácter trinitario»²⁹.

Se pueden extraer otras conclusiones de esta trilogía que justifica, en el texto citado, que el hombre pueda convertir su trabajo en oración. ¿Cuáles? Retomaré ahora brevemente cada una de las dos primeras razones incoadas por San Josemaría, y a continuación desarrollaré más la tercera.

27. L. BOUYER, *Introduction à la vie spirituelle*, Desclée de Brouwer, Tournai-Paris 1960, 170.

28. L.F. MATEO-SECO, *Dios uno y trino*, 2.^a ed., Eunsa, Pamplona 2005, 738.

29. J.L. GONZÁLEZ GULLÓN, *La fecundidad de la Cruz. Una reflexión sobre la exaltación y la atracción de Cristo en los textos joánicos y la literatura cristiana antigua*, EDUSC, Diss. S. Th. XII, Roma 2003, 243.

El trabajo es oración *porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra*. En la base de la visión del trabajo como oración se encuentra por tanto la creación del hombre, el sexto día, que es también el de la vocación del hombre al trabajo (cfr. Gn 1, 26-28). Dios lo introdujo en el jardín del Eden «para que lo cultivase y cuidase» (Gn 2, 15).

El primado de la llamada divina corresponde a una iniciativa amorosa de Dios: el trabajo es oración *porque sabemos que nos ama*. Josemaría Escrivá cita implícitamente 1 Jn 4, 16: «Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor». ¿Cómo sabemos que Dios nos ama? San Juan lo dice claramente: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros» (1 Jn 3, 16). Se trata del amor del Padre por los hombres, en la oblación total de su Hijo para nuestra salvación (cfr. Jn 13, 1; Ef 5, 2).

La afirmación relativa a la heredad de la promesa merece una profundización.

2.2.1. *La promesa y la permanencia: Cristo, su oración y nuestro trabajo*

En la raíz del trabajo como oración se encuentran por tanto la creación y la redención. Pero, para que el trabajo sea plegaria, el hombre debe estar unido a Dios y por tanto debe rezar, pues ha de buscar la voluntad de Dios para tratar de unirse a ella: sólo con la Sabiduría, que sabe lo que es agradable a los ojos de Dios, las obras de los hombres pueden agradarle (cfr. Sab 9, 9-19). El trabajo, para ser oración, necesita de la oración.

Josemaría Escrivá añade por último que el trabajo es oración *porque nosotros somos herederos de sus promesas*. ¿Cuáles? Se refiere evidentemente a la enseñanza paulina (cfr. Rom 8, 17; Heb 6, 17): la vida eterna, la unión a Dios, que enlaza con la teología joánica: «Si permanece en vosotros lo que oísteis desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre, y ésta es la promesa que él mismo os hizo: la vida eterna» (1 Jn 2, 24-25). Esta promesa es la consecuencia directa de la definición de Dios como Amor; San Juan escribe: «Dios es amor: y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn

4, 16). La promesa se realiza en Jesús (cfr. 2 Cor 1, 20). La afirmación de Juan se hace eco de la llamada de Cristo: «Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). La oración es eso: permanecer en Dios, y permitir que Dios permanezca en nosotros. El trabajo es oración en la medida en que Dios permanece en nosotros y nosotros en Él en el trabajo. ¿En qué lo reconocemos? «En esto conocemos que mora en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado» (1 Jn 3, 24). La adoración «en espíritu y en verdad» (Jn 3, 24) puede comprenderse igualmente como adoración «en el Espíritu» y como adoración «en la Verdad» que es el Hijo³⁰. Por el Espíritu Santo es posible decir «Jesús es Señor» (cfr. 1 Cor 12, 3) y por el Espíritu de adopción el cristiano puede exclamar: «¡Abba! ¡Padre!» (cfr. Rom 8, 15). ¿Cuándo nos ha donado Cristo su Espíritu? Cuando ha muerto sobre la Cruz: «Todo está consumado. E inclinando la cabeza entregó el Espíritu» (Jn 19, 30). ¿Qué se cumple sino la voluntad del Padre? De hecho, «la promesa del último día de la gran semana de Jesús», como dice Ratzinger, es justamente esta afirmación: «Y yo, levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí»³¹. El trabajo es oración en tanto que unión a Cristo sobre la Cruz por el Espíritu que nos ha sido dado para poder cumplir la voluntad del Padre. El trabajo como oración tiene por tanto una dimensión trinitaria: no podía ser de otro modo, pues toda verdadera liturgia es trinitaria, y tiene un fundamento cristológico, porque se trata de unirse a Cristo que atrae a todo hombre desde la cruz para permanecer en él.

Es necesario profundizar en la naturaleza de la oración de Jesús si se quiere comprender mejor el diálogo con Dios que el trabajo permite. ¿Cuál es la oración de Cristo una vez que se encuentra «levantado de la tierra»? Sobre la cruz recita el Salmo 22[21]: «Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: “Eli, Eli, lema sabactani?”, esto es: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”» (Mt 27, 46; cfr. Mc 15, 34). Ratzinger ve en la muerte inminente de Cristo la suspensión de su diálogo con el Padre, que constituye «el eje del mundo entero»; y ve el anuncio aparente de su interrupción dramáticamente expresado en los primeros versículos del salmo. Pero añade: «Como este diálogo había ais-

30. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *La vérité dans Saint Jean: le croyant et la vérité*, Biblical Institute Press, Roma 1977, 673-706.

31. J. RATZINGER, *Faire route avec Dieu*, cit., 109.

lado a Jesús y había motivado el carácter particular de esta muerte, así, en el centro de este diálogo, está ya presente la Resurrección también en la sombra de la muerte. Porque el diálogo con el Padre es el punto fijo también del ser humano de Jesús, su humanidad está escondida en el mismo intercambio trinitario del amor eterno. Así, esta humanidad no puede apagarse más; está fijada en la roca del amor eterno: más allá del umbral de la muerte resurge necesariamente y asume de nuevo su plenitud humana —la unidad indivisible de alma y cuerpo»³².

El hombre es llamado así a participar en la oración de Jesús, anclada en el amor del Padre. Para conocer mejor la oración de Cristo, hace falta contemplar el misterio de la Transfiguración del Señor: «Mientras él oraba, cambió el aspecto de su rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente» (Lc 9, 29). Ratzinger constata aquí la coincidencia entre la oración de Cristo y su glorificación, y añade al respecto: «Con esto, Lucas indica al mismo tiempo la unidad entre revelación y oración en la persona de Jesús: una y otra surgen del misterio de la filiación. Además, según los evangelistas, la Transfiguración es como una anticipación de la Resurrección y de la Parusía (cfr. Mc 9, 1). En efecto, la comunicación con el Padre, comunicación que se hace visible durante la oración de la Transfiguración, es la verdadera razón de por qué Jesús no podía permanecer en la muerte, y de por qué toda la historia está en sus manos. Aquel a quien el Padre dirige la palabra es el Hijo (cfr. Jn 10, 33-36). Pero el Hijo no muere. Así, Lucas menciona que todo el discurso sobre Cristo, la cristología, no es otra cosa que la interpretación de su oración: toda la persona de Jesús está contenida en su oración»³³.

Como muestra la oración del Crucificado, y el recogimiento trinitario de la Transfiguración, la oración de Jesús constituye la clave para la comprensión del misterio de Cristo. Por eso, tenemos que contemplar su agonía en el huerto de los Olivos. Esta oración representa esencialmente la aceptación de la voluntad del Padre, para cuyo cumplimiento se ha encarnado Jesús (cfr. Jn 6, 38). En esto, la oración en Getsemaní (cfr. Mt 26, 39-46; Mc 14, 36-42; Lc 22, 42) se identifica con la oración de la cruz, así como con la de la Transfiguración, referida a la muerte de Cristo (cfr. Lc 9, 31: Moisés y Elías «hablaban de su partida, que

32. J. RATZINGER, *Il cammino pasquale*, cit., 109.

33. J. RATZINGER, *Il cammino pasquale*, cit., 82.

iba a cumplir en Jerusalén»), que se cumple en la obediencia: «mientras bajaban del monte» (Mt 17, 9; cfr. Mc 9, 9).

Transformar el trabajo en oración es por tanto hacer propios en el trabajo los sentimientos de Jesucristo (cfr. Flp 2, 5), y aceptar por consiguiendo la voluntad de Dios, con un abandono progresivo de sí mismo en Dios. En este proceso de aceptación, el hombre imita a Cristo y participa de su abandono filial y de su misma filiación. Comentando el análisis del tercer Concilio de Constantinopla sobre las dos naturalezas de la persona de Cristo, Ratzinger explica: «Existe una voluntad específica del *hombre* Jesús, que no es absorbida por la voluntad divina. Pero esta voluntad humana *sigue* la voluntad divina y así se hace una sola voluntad, no por coerción, sino por la vía de la libertad. La dualidad metafísica de una voluntad humana y de una voluntad divina no es eliminada, pero en el ámbito personal, en el área de la libertad, se cumple una fusión de ambas, de modo que se hace no *una única voluntad natural*, sino *una voluntad personal*. Esta unidad libre —un modo de unidad creado por el amor— constituye una unidad más alta y más íntima que una unidad puramente natural»³⁴. Cristo afirma: «He bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado» (Jn 6, 38). Dice esto precisamente después de haber afirmado: «al que viene a mí no lo echaré fuera» (Jn 6, 37). Atrayendo todo hacia él, Cristo cumple la voluntad del Padre, como la cumple muriendo sobre la cruz. Ratzinger comenta: «El Logos habla de la voluntad y del pensamiento humano de Jesús conjugando el “Yo”; se ha convertido en su “Yo”, ha sido asumido por su “Yo”, porque la voluntad humana se ha hecho plenamente una con la voluntad del Logos y con ella se ha convertido en puro asentimiento a la voluntad del Padre»³⁵.

Curiosamente, después de haber explicado a la samaritana la adoración en espíritu y en verdad que Dios espera de los hombres (cfr. Jn 4, 23-24), es decir, el verdadero culto de los «verdaderos adoradores», «tales como los quiere el Padre» (v. 23), Jesús revela a sus discípulos, sin decirselo, la naturaleza de este culto: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4, 34). Ahí se encuentra precisamente la sustancia del culto que rinde el Verbo encarnado a su Padre, como dice la Carta a los Hebreos: «Por eso, al entrar en este mun-

34. *Ibid.*, 89.

35. *Ibid.*, 89.

do, dice: “Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo —pues de mí está escrito en el rollo del libro— a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Heb 10, 5-7). El pasaje remite a Sal 40[39], 7-9, donde el texto hebreo podría traducirse como «me has hecho un agujero en la oreja» (por «tú me has formado un cuerpo»), en signo de la sumisión perfecta del esclavo (cfr. Ex 21, 5), o bien «me has abierto los oídos», en alusión a la obediencia que comienza por escuchar las órdenes. El resultado de este acatamiento es la cruz (cfr. Flp 2, 8) pero también la resurrección, porque Cristo da y recibe libremente su vida (cfr. Jn 10, 17-18). Cristo en la cruz recita en efecto el Sal 22[21] que acaba en acción de gracias por la liberación esperada, y con el anuncio de la comunicación de la vida: la de Cristo muerto y resucitado, donada por los sacramentos que le prolongan³⁶, para la salvación de una multitud (cfr. Is 52, 13-53, 12). Ése debe ser el tono del trabajo santificado.

Transformar el trabajo en oración no implica necesariamente, pues, elevar sin cesar el alma a Dios, actitud idealmente posible en la ejecución de ciertos trabajos manuales, pero impensable, al menos en igual medida, en el caso de otras tareas manuales y en un trabajo intelectual. La contemplación es sin embargo posible a través de todo trabajo. Escrivá lo explica citando a Santo Tomás: «Cuando de dos cosas una es la razón de la otra, la ocupación del alma en una no impide ni disminuye la ocupación en la otra... Y como Dios es aprehendido por los santos como la razón de todo cuanto hacen o conocen, su ocupación en percibir las cosas sensibles, o en contemplar o hacer cualquier otra cosa, en nada les impide la divina contemplación, ni viceversa»³⁷.

3. EL TRABAJO Y LA EUCARISTÍA, UN SÓLO CULTO PARA EL MISMO FIN

La promesa de Cristo es precisamente atraer hacia sí a todos los hombres. El trabajo puede convertirse en oración, y la oración es también una de las realidades intrínsecas a la Eucaristía, que es *adoración*. La ora-

36. G. DERVILLE, *Histoire «Mystique»* (diss. Pontificia Universidad de la Santa Cruz), Roma 2000, 649-650; cfr. J. DANIELOU, *Études d'exégèse judéo-chrétienne. Les Testimonia*, Col. «Théologie historique» 5, Beauchesne, Paris 1966, 28-41.

37. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th., Suppl.*, q. 82, a. 3 ad 4.

ción define a Cristo en relación con su Padre. Este vínculo queda remarcado en la Eucaristía por una actitud de obediencia filial llevada a su culmen por Jesús a través del don de su vida. No sólo el bautismo funda el trabajo en tanto que culto, sino también la Eucaristía. Como afirma San Juan, «éste es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo; no solamente con el agua, sino con el agua y con la sangre. Y es el Espíritu quien da testimonio, porque el Espíritu es la Verdad» (1 Jn 5, 6). Esta alusión a Jn 19, 34 remite evidentemente al bautismo, a la sangre del martirio y a la Eucaristía. El Espíritu Santo atestigua que Cristo es verdaderamente el Mesías y el Hijo de Dios. ¿Cómo se une el trabajo a la Eucaristía?

3.1. *Creación, trabajo y Eucaristía*

El trabajo humano, tarea asignada al hombre antes ya del pecado original, es una participación del poder creador de Dios. El misterio de la creación se encuentra en el origen del trabajo humano (cfr. Gn 1, 26-28); éste es, por otra parte, el hilo conductor de la encíclica de Juan Pablo II sobre el trabajo³⁸. El punto de partida del pensamiento de Josemaría Escrivá sobre el trabajo es igualmente, además de la vida oculta de Cristo, el libro del Génesis; pero es Gn 2, 15, más que Gn 1, 26-28, el texto que prefiere citar³⁹.

Si es cierto que «el que está en Cristo es una nueva creación» (2 Cor 5, 27), quien trabaja en Cristo participa de la nueva creación: «Mira que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). La Eucaristía tiene también como punto de partida la creación, pues en el Ofertorio se da gracias al Creador por el pan y el vino, que son ante todo fruto de la tierra y de la vid, dones del Creador⁴⁰. Además, el pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. San Cirilo de Jerusalén y San Ambrosio hacen notar que es la palabra de Cristo la que realiza la consagración, haciendo así referencia a la noción bíblica del Logos, palabra creadora de Dios, por la que todo ha sido hecho⁴¹.

38. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, 14.IX.1981, *incipit* y nn. 4 y 12.

39. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1979, n. 57; *Conversaciones*, cit., nn. 10, 24, 55.

40. Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1333.

41. Cfr. G. DERVILLE, *Histoire «Mystique»*, cit., 583-584; (sur l'Eucharistie comme nouvelle création); cfr. J. DANIÉLOU, «La catéchèse eucharistique chez les Pères de

El trabajo es un «testimonio de la dignidad del hombre, y de su dominio sobre la creación»⁴²; la Misa, a su vez, manifiesta la inmensa dignidad del hombre en la persona del sacerdote y la del Pueblo de Dios, y más aún, el dominio todopoderoso de Dios sobre el pan y el vino. En sentido etimológico, un milagro es una obra admirable. El milagro del trabajo hace eco al milagro eucarístico, y en los dos casos es un milagro de amor: «El milagro que os pide el Señor es la perseverancia en vuestra vocación cristiana y divina, la santificación del trabajo de cada día: el milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico, por el amor que ponéis en vuestra ocupación habitual»⁴³.

3.2. *Trabajo y Eucaristía: permanecer en Dios y amarle*

La Eucaristía es por excelencia la morada del Señor, y su modo de presencia substancial en y para el hombre. En efecto, «el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6, 56). Se trata del contenido mismo de la promesa de Cristo. Ratzinger escribe: «La Eucaristía es el cumplimiento de la promesa del último día de la gran semana de Jesús: “Y yo, levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”»⁴⁴. Cuando Cristo profetiza así, las autoridades judías comprenden perfectamente que habla de su muerte, y se asombran profundamente: «Nosotros hemos oído en la Ley que el Cristo permanece para siempre; entonces, ¿cómo dices tú: Es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?» (Jn 12, 34).

Se plantea así la cuestión esencial: la divinidad de Cristo. Sabemos por la fe que si podemos permanecer en él es porque él permanece por toda la eternidad, pero también porque está con nosotros en la Eucaristía, que realiza estas palabras misteriosas: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Esta promesa se cumple porque contiene en cierta manera la promesa de la presencia

l'Église», en *La Messe et sa catéchèse*, Col. «Lex Orandi» 7, Cerf, Paris 1947, 57. Sobre la historia como cumplimiento de las *mirabilia* o *magnalia Dei*, y los sacramentos que actualizan el misterio en la historia (creación, liberación, alianza y morada, «costumbres» divinas que se podrían aplicar aquí al trabajo), cfr. G. DERVILLE, *Histoire «Mystique»*, cit.

42. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47.

43. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 50.

44. J. RATZINGER, *Faire route avec Dieu*, cit., 109.

del Espíritu: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad al que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos» (Jn 14, 16-18).

Esta promesa se efectúa también en el trabajo, pues, como escribe San Josemaría, «reconocemos a Dios no solamente en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo»⁴⁵. No se trata de un conocimiento deductivo, sino más bien de una apreciación ligada al hecho de que el Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones (cfr. Rom 5, 5). La presencia de la Trinidad en el trabajo es posible gracias a la Eucaristía y a la oración. Benedicto XVI da la medida de esta actitud auténticamente cristiana en su primera encíclica: «Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo»⁴⁶. El Señor viene al encuentro del hombre «especialmente en la Eucaristía», dice Benedicto XVI: constituye una experiencia del amor de Dios cuya incidencia más inmediata está en el trabajo. El Papa hace notar esta correlación entre la liturgia y la vida cotidiana: «En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana»⁴⁷. Precisamente es con el amor con el que Dios nos ama como podemos amar a otros en nuestro trabajo. Benedicto XVI escribe: «Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este “antes” de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta»⁴⁸. En este sentido, San Josemaría dirige a Dios la siguiente oración: «Dame, Señor, el amor con que quieres que te ame»⁴⁹. Contemplando a Cristo en la cruz, el hombre cumple la profecía de Zacarías, que Juan cita libremente después de contar la muerte de Jesús y la lanzada que atraviesa el costado del Señor: «Mirarán al que traspasaron» (Jn

45. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 48.

46. BENEDICTO XVI, *Enc. Deus caritas est*, 25.XII.2005, n. 37.

47. *Ibid.*, n. 17.

48. *Ibid.*, n. 17.

49. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, cit., n. 270.

19, 37; cfr. Za 12, 10). Del corazón de Jesús, levantado de la tierra, brotan los sacramentos; el don del Espíritu está unido a la pasión y a la glorificación del Verbo encarnado (cfr. Jn 7, 37-39). Es así como el Espíritu de gracia y de misericordia (cfr. Za 12, 10) puede derramarse en el trabajo humano.

3.3. *Cuatro finalidades comunes al trabajo y al sacrificio eucarístico*

¿Es posible encontrar en el trabajo los cuatro fines del sacrificio redentor de Cristo: latréutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio?⁵⁰.

3.3.1. *Adoración*

El bautizado está unido a Cristo presente hasta el fin de los siglos (cfr. Mt 28, 20), siempre vivo para interceder en favor de los hombres (cfr. Rom 8, 34; Heb 7, 25). ¿En qué medida el trabajo es un acto de alabanza y adoración? Lo es en cuanto cumplimiento de un mandamiento de Dios: todo debe hacerse «en el nombre del Señor Jesús» (Col 3, 17), «para la gloria de Dios» (1 Cor 10, 31), que mandó al hombre y a la mujer: «Dominad la tierra y sometedla» (Gn 1, 28); el descanso sabbático prescrito por el Decálogo implica el mandamiento del trabajo: «Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos» (Ex 20, 9); «el trabajo es por tanto un deber»⁵¹. Lo es más aún en la medida en que une el hombre a Dios en una participación de su poder creador. Louis Bouyer expresa magistralmente esta dimensión del trabajo: «El hombre nace en este mundo, por voluntad de su creador, nos dice el Génesis, para cultivarlo. Es decir, que él nace técnico, no siendo la técnica otra cosa que un arte de comprender la naturaleza de manera que permita hacerla servir a un fin conscientemente perseguido. Pero este fin, en la pers-

50. Sobre la identidad de fines entre el sacrificio de Cristo y la celebración de la Eucaristía, cfr. CONCILIO DE TRENTO, sess. XXII, *Doctr. de ss. Missae sacrificio*, cap. 2 y can. 3; DH 1743 y 1753; Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, ASS 39 (1947) 549-550.

51. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2427; cfr. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, nn. 264-266.

pectiva de la creación, debe ser glorificar al creador desarrollando su obra en el sentido de un servicio mutuo a los hombres, que les conduce a todos conjuntamente a vivir en plenitud su designio. Esto es lo que Ireneo expresa a la perfección en una fórmula que desgraciadamente se cita hoy día de modo incompleto: “la gloria de Dios es que vive el hombre... pero, para el hombre, vivir es conocer a Dios” —entendámoslo en sentido bíblico: conocer a Dios como nos ha conocido desde siempre, es decir, reconocer su amor amándole a su vez y amando todo lo que Dios ama como él mismo lo ama»⁵². En definitiva, el hombre da gloria a Dios en su trabajo porque él cumple así su vocación primera, que es comprender y desarrollar la creación en un espíritu de amor a Dios y al prójimo. Si el hombre santifica realmente su trabajo, tiende a la perfección de la obra y de la persona: *fnis operis* y *fnis operantis* se reencuentran en la gloria de Dios, que es igualmente lo que pasa en la liturgia⁵³.

3.3.2. *Acción de gracias*

El trabajo es acción de gracias por la creación y la redención. Ésta es una de las enseñanzas de la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30). Josemaría Escrivá la aplica directamente a la santificación del trabajo, y se interroga a propósito de aquel que sólo recibió un talento: «¿Qué ocupación escogerá después este hombre, si ha abandonado el instrumento de trabajo? [...] Los demás se afanan, negocian, se preocupan noblemente por restituir más de lo que han recibido»⁵⁴. Leída en la óptica del trabajo, la parábola reviste dos facetas: vocación y agradecimiento. Si Dios espera una respuesta, es porque ha concedido un don. Un aspecto importante de la santificación del trabajo como acción de gracias es el cuidado extremo del aspecto puramente técnico, la competencia profesional, la culminación de cada empresa. «No ofrezcáis nada defectuoso» (Lv 22, 20), dice la Escritura. El texto citado por San Josemaría se asienta en la importancia que

52. L. BOUYER, *Cosmos*, cit., 254.

53. Sobre esta aplicación al trabajo de la distinción clásica de los diferentes tipos de causalidad, cfr. F. OCÁRIZ, *Naturaleza, Gracia y Gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, 267, y en general todo el cap. XII, titulado *El concepto de santificación del trabajo*, 261-271. Cfr. también C. FABRO, «El templo de un Padre de la Iglesia», en *Santos en el mundo, Estudios sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 1993, 61.

54. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., n. 45.

da a la perfección humana en el cumplimiento de las ocupaciones profesionales y sociales. Antes de retomar este aspecto, conviene hacer notar la pertinencia de una observación de José Luis Illanes sobre el texto del Levítico. Este pasaje se inscribe en un contexto sacerdotal, la descripción de los holocaustos; e Illanes subraya: «La vida teologal, la conciencia de estar situado ante Dios, se une así, en ese escrito del beato Josemaría, a la comprensión de la vida cristiana como existencia sacerdotal»⁵⁵.

La lectura particular que hace Escrivá de Mc 7, 37 le conduce a descubrir en la siguiente frase la síntesis de la biografía de Cristo: «Ha hecho bien todas las cosas», proclama la multitud después de la curación de un sordomudo, antes de añadir: «hace oír a los sordos y hablar a los mudos». El evangelista se refiere pues esencialmente a los milagros, pero San Josemaría, por su parte, a la luz del carisma fundacional del 2 de octubre de 1928, aplica de manera especial este «bene omnia fecit» al trabajo. He aquí cómo glosa esta perícopa: «todo lo acabó bien, terminó todas las cosas bien»⁵⁶, y continúa: «todo lo ha hecho bien: los grandes prodigios y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumbraron, pero que Cristo realizó con la plenitud de quien es *perfectus Deus, perfectus homo*, perfecto Dios y hombre perfecto»; Escrivá menciona en otro lugar los «años de intenso trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente —como la nuestra, si queremos— divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre, todo lo cumplió a la perfección»⁵⁷. En este sentido, la correcta aplicación a su trabajo expulsa el pecado del hombre: no le deja sitio en su alma. Cristo anuncia que, elevado de la tierra, atraerá a todos los hombres hacia él, después de haber pronunciado esta frase misteriosa: «Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera» (Jn 12, 31).

San Agustín se interroga al respecto: «¿Dónde es arrojado? ¿fuera del cielo y de la tierra? ¿fuera del mundo? No, sino fuera de los corazones de los creyentes. Una vez arrojado el invasor, habita el Redentor: pues quien nos ha rescatado, nos ha creado. El diablo asedia ahora des-

55. J.L. ILLANES, *Ante Dios y en el mundo, Apuntes para una Teología del trabajo*, Eunsa, Pamplona 1997, 133, comentando SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta*, 31.III.1954, n. 18.

56. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 16.

57. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., n. 56.

de fuera, no puede vencer a quien reina dentro. Asedia desde fuera, lanzando al asalto diversas tentaciones: pero no cede quien entiende desde dentro la voz de Dios y la unción de la que os he hablado»⁵⁸ (se trata de la unción del Espíritu Santo). Si la interpretación que propone Agustín de Jn 12, 31 se comprende a la luz de la lectura particular que Josemaría hace de Jn 12, 32, se puede concluir que el trabajo es un lugar apropiado para que el hombre pueda vencer la tentación. Se trata del hombre en quien inhabita el Espíritu Santo; en otros términos, del bautizado coherente con su fe, que actúa en la caridad, aquel que entiende la voz de Dios, y por tanto, que reza y ha recibido esta unción que es la caridad⁵⁹. El hombre sigue entonces al Maestro interior, y Cristo, como afirma San Juan, está en él. Por el contrario, la ociosidad, como dice el proverbio, es «la madre de todos los vicios».

La dimensión de acción de gracias que comporta todo trabajo remite a la vocación. El trabajo profesional es una vocación. San Josemaría escribe: «Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Ésta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo [...]»⁶⁰. Es en cierto modo la imagen de Dios en nosotros progresivamente esculpida por el trabajo, esta fisonomía que refleja el rostro de Cristo, esta manera de ser que se identifica con la del Verbo encarnado, que igualmente ha conocido un crecimiento en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres (cfr. Lc 2, 52).

3.3.3. *Petición*

La sabiduría popular entiende el trabajo como una impetración, como sentencia el refrán: «Ayúdate y el cielo te ayudará». Ciertamente, esto significa que hay que complicarse la vida para que sea lograda, como en-

58. SAN AGUSTÍN, *Commentaire de la Première Épître de Saint Jean, IV, 1, Sources Chrétiennes*, n. 75, Cerf, Paris 1994 (4a éd.), 219 (comentario de 1 Jn 2, 27 ss).

59. *Ibid.*, 209, comentando 1 Jn 2, 27.

60. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 46.

seña el labrador de la fábula a sus hijos: el trabajo es el verdadero tesoro. «Labor omnia vincit improbus», decía Virgilio: una labor pertinaz resuelve toda necesidad. Pero trabajar es también hacer un esfuerzo personal con la esperanza de que Dios añadirá lo que falta. Este aspecto es evidente en el caso del campesino, pues Dios hace salir el sol y hace llover (cfr. Mt 5, 45). En la Eucaristía el hombre ofrece al Señor lo que viene de Él: «de tuis donis ac datis, hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam»⁶¹. El trabajo mismo es ya, en sí, «un don de Dios»⁶², y reclama otros dones divinos. La oración para obtener un trabajo y no perderlo está implícita en la cuarta petición de la oración del Padrenuestro: «panem nostrum quotidianum da nobis hodie». En efecto, si el alimento es un don de Dios⁶³, la enseñanza de San Pablo a los Tesalonicenses vale para todo cristiano: «Ya sabéis vosotros cómo debéis imitarnos, pues estando entre vosotros no vivimos desordenadamente, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que día y noche con fatiga y cansancio trabajamos para no ser una carga a ninguno de vosotros. [...] Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma» (2 Tes 3, 7-8.10). Las palabras del Padrenuestro que acabo de citar hacen igualmente referencia a la Palabra de Dios y al Pan de Vida (cfr. Mt 4, 4), uniendo así en una misma petición la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística al concepto de trabajo⁶⁴.

En el terreno material, el cristiano confía en el hecho de que «Dios añadirá»: ese es precisamente el sentido del nombre José en hebreo. Pero Dios da mucho más que algo simplemente material. Escrivá comenta que «Dios añade a la vida santa de los que cumplen su voluntad, dimensiones insospechadas: lo importante, lo que da su valor a todo, lo divino»⁶⁵. En este sentido, tanto en el plano humano como en el sobrenatural, «si Yahvé no construye la casa, en vano se afanan los albañiles» (Sal 127[126], 1). Jesucristo evocará la imagen de las aves del cielo que «no siembran ni cosechan» y de los lirios del campo que «no se fatigan ni hilan» (Mt 6, 26.28; cfr. Lc 12, 24.27) para explicar: «Por todas esas cosas se afanan los gentiles del mundo; y ya sabe vuestro Padre que te-

61. Misal romano, Canon romano, *Unde et memores*.

62. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47.

63. Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2834.

64. Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 2835, 2837 y 2861 y COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 593.

65. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 40.

néis necesidad de eso. Buscad más bien su Reino y esas cosas se os darán por añadidura» (Lc 12, 30-31). Además del necesario abandono en la Providencia, se subraya aquí el primado de la acción divina. Este primado se encuentra en los mismos fundamentos del culto religioso de Israel, en la explicación que Abraham da a su hijo Isaac sobre la víctima del sacrificio: «Dios proveerá...» (Gn 22, 8). Según la tradición judía, en el momento en que Isaac grita con angustia, Dios abre el cielo, e Isaac ve el santuario divino y los ángeles. Los Padres de la Iglesia afirman al respecto que el carnero, corazón del culto hebraico, que sustituye a Isaac, es, junto con él, una figura de Cristo. Ratzinger, que glosa estos aspectos del culto, concluye: «Viendo al cordero, Isaac ve lo que es el culto: Dios mismo prepara su culto, con el cual sustituye al hombre, lo libera y le restituye la alegría, que se convierte en un canto de alabanza de la creación»⁶⁶. Ratzinger ve en el animal que sustituye a Isaac el Cordero del Apocalipsis (cfr. Ap 5, 6.13). Así como el verdadero culto es el que rinde el Hijo eterno a su Padre, *actio Dei*, del mismo modo el trabajo es en realidad «trabajo de Dios»: éste es justamente el título que Josemaría Escrivá da a una homilía centrada sobre el trabajo⁶⁷.

Trabajo de Dios: se puede leer como un genitivo subjetivo (es Dios que trabaja), o como un genitivo posesivo (un trabajo que pertenece a Dios). Todo trabajo, en el fondo, puede y debe ser un acto de fe y de esperanza, porque es verdaderamente Dios quien dona la fuerza al hombre para trabajar y es Dios quien trabaja en el hombre. Así, el Salmo 103[104] puede cantar las alabanzas del creador contemplando las criaturas en una letanía que va desde las nubes a los océanos, de las aves a los leones, para acabar celebrando el trabajo de los hombres y recapitular el conjunto bajo el título de las obras de Dios: «El hombre sale a su trabajo, para hacer su faena hasta la tarde. ¡Qué grandes son tus obras, Señor!» (Sal 103[104], 23-24); el salmo culmina con una exclamación de alegría, auténtica liturgia para la gloria de Dios. El himno de la carta a los Filipenses, que canta a su vez el abajamiento y la exaltación de Cristo, es decir, el culto en su misma esencia, es seguido casi inmediatamente por esta afirmación de San Pablo: «Es Dios quien, por su benevolencia, realiza en vosotros el querer y el obrar» (Flp 2, 13). El Apóstol enseña también: «¿Qué tienes que no

66. J. RATZINGER, *Immagini di speranza*, San Paolo, Milano 1997, 44.

67. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., nn. 55-72.

hayas recibido?» (1 Cor 4, 8); y además: «No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (2 Cor 3, 5). En realidad, el cristiano encarna en su vida la afirmación paulina: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2, 20). Dios sostiene la libertad humana y todo acto bueno es a la vez humano y divino; todo acto bueno es en cierto modo cristológico. El cristiano está llamado a rogar para que Dios culmine en él toda obra acometida por Dios mismo (cfr. Flp 1, 6). Parafraseando la carta a los Filipenses, podemos decir: «Para mí trabajar [vivir] es Cristo» (cfr. Flp 1, 21). En definitiva, el trabajo es igualmente petición, pues se une a la Eucaristía para ser ofrecido por los vivos y por los muertos.

3.3.4. *Reparación*

El aspecto expiatorio del trabajo está vinculado al pecado original y a las penas consiguientes. La experiencia de las debilidades y fracasos, las dificultades, conducen así a una purificación personal. El trabajo une el hombre a Cristo en su misión redentora, especialmente por la asociación personal a los sufrimientos de Cristo, porque con el trabajo «aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención»⁶⁸; el cristiano puede decir con San Pablo: «completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). En su carta apostólica sobre el sentido cristiano del sufrimiento, Juan Pablo II lanza una pregunta retórica a propósito de esta afirmación de la carta a los Colosenses: «¿Significa esto que la Redención cumplida por Cristo no sería completa?». Me parece posible parafrasear la respuesta del Papa aplicándola al trabajo, y decir: «No. Sólo significa que la Redención, realizada por el amor reparador, permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el trabajo humano»⁶⁹. La Misa rememora los sufrimientos de Cristo, en la actualización del misterio pascual. Estos sufrimientos conducen a la muerte y a la victoria de

68. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47.

69. Cfr. JUAN PABLO II, Litt. Apost. *Salvifici doloris*, 11.II.1984, n. 24. He sustituido, en el texto del Papa, «sufrimiento» por «trabajo».

la resurrección. El trabajo, como tal, no constituye una derrota. Éste es un punto que Escrivá subraya con fuerza, contra una mentalidad todavía muy difundida hoy día, que manifiesta cierto desconocimiento de la Escritura: «El trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa»⁷⁰.

Unido a la Eucaristía, el trabajo puede ser ofrecido en reparación por los pecados de los hombres, en razón del valor expiatorio infinito del sacrificio de la cruz. La serpiente, que representa el pecado (cfr. Gn 3, 1 ss; Sal 91[90], 13; Lc 10, 19; Ap 12, 9), resulta paradójicamente símbolo de salvación (cfr. Ex 4, 3; 7, 10; Nm 21, 9). Cristo lo explica en su largo diálogo con Nicodemo: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el hijo del hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él» (Jn 3, 14-15). Para interpretar esta sorprendente tipología, Gregorio de Nisa resume en pocas líneas un tema muy familiar para él: en palabras de Mateo-Seco, el «misterio de la encarnación considerada como kénosis del Verbo y exaltación de Cristo tras la resurrección»⁷¹; San Gregorio cita entonces 2 Cor 5, 21: «A quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él». Una paradoja similar a esta ambivalencia simbólica de la serpiente, se encuentra en el hecho de que el trabajo sea a la vez ámbito de pecado y de redención. Cristo se ha hecho pecado, se ha hecho serpiente, ha cargado con los pecados de los hombres, como el macho cabrío (cfr. Lv 16, 21-22); él es el siervo que sufre (cfr. Is 53, 6) sobre quien recaen los pecados de todos (cfr. 1 Pe 2, 24), para vencer a la serpiente, para vencer al pecado.

Otra interpretación del tema de la serpiente se nutre de la existencia de un símbolo muy antiguo del nombre de Jesús, la *waw*, sexta letra del alfabeto griego arcaico. Se encuentra así en San Jerónimo un monograma de Cristo en el que la *waw* está asociada a la cruz. Resulta que la serpiente tiene la forma de *waw*, y Justino daba al mástil sobre el que se alzaba la forma de la cruz⁷².

70. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47.

71. L.F. MATEO-SECO, en GREGORIO DE NISA, *Sobre la vida de Moisés*, Ciudad Nueva, Madrid 1993, 117, nota 31; cfr. GREGORIO DE NISA, *Sobre la vida de Moisés*, 2.^a parte, nn. 31-34, 117-119.

72. Cfr. J. DANIELOU, *Les Symboles chrétiens primitifs*, Seuil, Paris 1961, cap. IX, *Le signe du tau*, 143-152.

En una interpretación más litúrgica de 2 Cor 5, 21, Cristo es también el sacrificio, la ofrenda por el pecado (en hebreo, *Hatta*). La propiciación, la recuperación del favor divino perdido por el pecado, se efectúa en el trabajo en unión a Cristo sobre la cruz. El hombre trabaja con el sudor de su frente (cfr. Gn 3, 19); como explica Juan Pablo II, «no sólo con el esfuerzo y la fatiga personales, sino también en medio de tantas tensiones, conflictos y crisis que, en relación con la realidad del trabajo, trastocan la vida de cada sociedad y aun de toda la humanidad»⁷³.

Finalmente el hombre puede ser esclavo de su trabajo. Ése es un aspecto actual del mundo profesional desgraciadamente muy extendido en la sociedad moderna. El hombre es víctima de una enfermedad que Josemaría Escrivá llamaba la «profesionalitis». Ese neologismo, inspirado en el lenguaje médico, diagnostica una enfermedad: la inflamación del trabajo que toma un lugar exagerado en la existencia, lamentablemente pervertida de este modo, a sabiendas o no. El trabajo perjudica la vida familiar e incluso llega a sofocarla, por el empleo de tiempo excesivo. Así, por ejemplo, se puede pasar cada jornada un número desmesurado de horas ante la mesa de trabajo: se trate de una labor realmente intensa, o también, cosa muy frecuente, de una pérdida de tiempo⁷⁴, el lugar de trabajo acaba transformándose en un espacio vital exclusivo. El descanso dominical cae entonces fácilmente en el baúl de los recuerdos⁷⁵.

3.4. *La Eucaristía exige el trabajo*

Si el trabajo no puede ser santificado sin la participación en el misterio eucarístico, parcialmente ocurre lo mismo en sentido inverso, puesto que la Eucaristía no puede ser celebrada sin el sacrificio de la propia vida. Joseph Ratzinger subraya que los profetas habían comprendido que los sufrimientos de Israel constituían el verdadero sacrificio, y que, en una nueva liturgia, para Dios, Israel representaba al mundo. El teólogo añá-

73. JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, 14.IX.1981, n. 1.

74. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., nn. 39-54.

75. Cfr. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, cap. VI; el trabajo, especialmente, en n. 258. Subrayo que el COMPENDIO afirma que el descanso dominical permite al hombre recordar y revivir las obras de Dios, de la creación a la redención, reconocerse como obra de Dios (cfr. Ef 2, 10) y dar gracias por su vida y su subsistencia. Yo añadiría que, como he mostrado precedentemente, en el trabajo, si está unido a la Eucaristía, el hombre también rinde culto y revive las *magnalia Dei*.

de: «Participar en la Eucaristía, comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo, exige la liturgia de la vida, la participación en la pasión del Siervo de Dios. En esta participación, nuestros sufrimientos se convierten en “sacrificio”, y podemos así “completar en [nuestra] carne lo que falta a los padecimientos de Cristo” (Col 1, 24)»⁷⁶. Es la enseñanza que San Agustín saca del diálogo entre Pedro y Jesús, después de su Transfiguración. Pedro desea permanecer en la montaña con Jesús: «Rabí, bueno es estar-nos aquí. Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Mc 9, 5; cfr. Lc 9, 33); Marcos, que sin duda recuerda un testimonio de Pedro —que no olvidará jamás la montaña (cfr. 2 Pe 1, 16-18)—, comenta que el príncipe de los apóstoles no sabía lo que decía. Pero, como he señalado precedentemente, Cristo les invitará a descender de la montaña, porque «sufrirá mucho y será despreciado» (Mc 9, 12). ¿Qué dice Agustín de Pedro? «Tenía a Cristo, el pan de su alma. ¿Por qué habría bajado de nuevo a los trabajos y dolores, cuando tenía amores santos por Dios y por tanto una vida pura?... ¡Desciende, Pedro; tú deseabas descansar sobre la montaña, descíndele!... El amor no busca su propio bien; no busca su bien, da lo que posee»⁷⁷. En otras palabras, Jesús ha de seguir cumpliendo la voluntad de su Padre y realizar su obra de redención; y Pedro tiene que unirse a esta misión, volviendo a su vida entre los hombres.

4. EL CULTO DEL TRABAJO COMO SERVICIO Y APOSTOLADO

Agustín muestra así que, en el fondo, recibir es esencialmente aceptar la caridad de Dios, que pide un movimiento de vuelta, yendo hacia nuestros hermanos, en este don de sí del que vive el amor, como un intercambio de dones. La dimensión social del trabajo, que he evocado en la perspectiva del pecado, debe ser considerada igualmente bajo una perspectiva positiva. El trabajo reviste un aspecto social, tanto desde el punto de vista de la relación interpersonal como tal, como en el sentido de la distribución de las riquezas materiales y humanas en la sociedad.

El trabajo se convierte también en un servicio al prójimo, lo que remite exactamente al sentido original de la palabra «liturgia» en tanto que

76. J. RATZINGER, *Il cammino pascale*, cit., 106-107.

77. SAN AGUSTÍN, *Serm. LXXVIII, 3-6* (PL 38, 491-492).

servicio por el pueblo y, en el Nuevo Testamento, en cuanto caridad en acto⁷⁸. En este sentido, el trabajo bien hecho es en cierta manera la primera manifestación de la caridad. Un texto de Isaías aproxima dos temas, el trabajo y la paz: «Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra» (Is 2, 4). Jean Daniélou ha subrayado el sentido espiritual de estas imágenes en el cristianismo antiguo. Ireneo interpretó Is 2, 4 subrayando el espíritu pacífico de los cristianos. En todo caso, es fácil relacionar esto con el trabajo de la tierra, la siembra y la cosecha. El arado y la hoz, instrumentos de trabajo, son aquí símbolos de la paz. Ireneo depende de Justino, quien explica la transformación de los instrumentos de guerra en utensilios agrícolas, en el sentido de la piedad y de la benevolencia; Justino va más lejos, remontándose a José y Jesús, carpinteros que fabrican arados y yugos, símbolos de la vida activa. Es interesante hacer notar que en los leños del arado ciertos autores cristianos ven el símbolo de la cruz, considerada ésta como una imagen de la potencia divina. De la cruz se pasará a Cristo mismo: para Ireneo el arado es una figura; Clemente de Alejandría, por su parte, llama a Cristo «labrador»⁷⁹. ¿Cómo no rememorar de paso el símil del Buen Pastor, que salva la oveja perdida, imagen que más allá del simbolismo de la inmortalidad del alma y de Cristo mismo, asocia la idea del trabajo a aquella de la redención? «Jesús les replicó: Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo» (Jn 5, 17).

La unión del trabajo a la cruz y a su dimensión apostólica confiere al trabajo carácter victorioso universal. Basta leer, pensando en el trabajo del bautizado, lo que concluye Daniélou a propósito del signo de la cruz, especialmente en los ritos bautismales: «El signo de la cruz aparece en el origen no como una alusión a la Pasión de Cristo, sino como designación de su gloria divina. Si bien después se referirá a la cruz sobre la cual ha muerto Cristo, será considerada como la expresión del poder divino que actúa por esta muerte; y los cuatro brazos de la cruz aparecerán como el símbolo del carácter cósmico de esta acción salvífica»⁸⁰. Todo trabajo honesto debe ser santificado, y en él todas las almas.

78. Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1069-1070; cfr. J. RATZINGER, *Cantate al Signore un Canticò nuovo*, Jaca Book, Milano 1996, 160.

79. Cfr. J. DANIELOU, *Les Symboles chrétiens primitifs*, cit., cap. VI, *La charrue et la hache*, 95-107.

80. J. DANIELOU, *Les Symboles chrétiens primitifs*, cit., 152.

4.1. *La dimensión apostólica del trabajo*

«Cultivar la tierra» (Gn 2, 15), es por tanto no sólo crear, por el ayuno, la oración y el trabajo continuado, el jardín de verdadera belleza que canta el poeta, sino también dar culto a Dios, hacer santas todas las cosas, «sacrum facere», sacrificarse por los demás: «Por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19). Se podría decir que casi todos los textos de la Escritura que he citado sobre la gloria de Dios contienen una dimensión apostólica y subrayan de modo explícito esta dimensión.

Precisamente porque se trata de amor, el trabajo del cristiano se apoya en la Eucaristía. He citado al cardenal Ratzinger afirmando justamente que la Eucaristía es el cumplimiento de la promesa contenida en Jn 12, 32⁸¹. En este sentido, volviendo a lo que he sugerido al inicio de este artículo, hay una perfecta coherencia entre la inscripción latina («Et ego si exaltatus...») y el hecho de que la estatua represente a San Josemaría revestido con la casulla, como el 7 de agosto de 1931 cuando, durante la elevación, tiene esa locución de la Escritura. La promesa de Cristo se expresa con estas palabras: «el pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6, 51). En la Eucaristía, el pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres, se transforma en el Cuerpo de Cristo; el vino, fruto de la vid y del trabajo de los hombres, se transforma en su Sangre. En realidad, es el fruto del trabajo lo que se convierte en Cristo mismo, y así el trabajo se hace una Misa. Recíprocamente, para el sacerdote, la Misa resulta un verdadero trabajo, un trabajo agotador. Ése es el descubrimiento que hace San Josemaría, y que narra así: «Después de tantos años, aquel sacerdote hizo un descubrimiento maravilloso: comprendió que la Santa Misa es verdadero trabajo: *operatio Dei*, trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y cansancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina»⁸². El ejercicio del sacerdocio ministerial es a su vez un trabajo. La Eucaristía es también un trabajo, el trabajo del sacerdote, su trabajo esencial: en la Misa —y de modo subjetivo en cuanto hombre— también él es sacerdote de su propia santificación. El sacerdote, de hecho, vive del altar.

81. Cfr. J. RATZINGER, *Faire route avec Dieu*, cit., 109 (cfr. nota 44).

82. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Via Crucis*, Rialp, Madrid 1981, *Estación XI*, n. 4.

5. CONCLUSIÓN

La atracción que Jesús ejerce desde la cruz es por tanto la de su amor, la del libre don de su vida que se actualiza para nosotros de modo eminente en la Eucaristía. El Logos se comunica y el cristiano participa en esa donación para atraer a su vez hacia Cristo a todos los hombres, trabajando por amor. El trabajo se convierte en obra de Dios porque Jesucristo vive en el cristiano, que actúa movido por el Espíritu Santo como un hijo de Dios Padre. El trabajo se hace liturgia porque es un servicio y una ofrenda; es un culto espiritual, el sacrificio de sí mismo y del obrar personal, un sacrificio que el hombre ofrece como una oración y una eucaristía. ¿Qué es esto, sino el cumplimiento de la voluntad de Dios en una comunión de sentimientos con Cristo que transforma el trabajo en diálogo con Dios? Análogamente a la Eucaristía, el trabajo coopera en el restablecimiento de la nueva creación, participando del amor divino para amar con este amor: es adoración, acción de gracias, acto de petición y de reparación, apostolado. En el trabajo, como en la liturgia, la esencia espiritual del cristianismo se expresa a través de realidades visibles. En el trabajo, las grandes obras de Dios se prolongan en el tiempo, las mismas que cuentan el Antiguo y el Nuevo Testamento, cuyo centro es Jesucristo. Por su trabajo, el hombre participa en los misterios del Verbo encarnado siendo atraído por él.

En definitiva, Jn 12, 32 sugiere que culto y trabajo se encuentran y unen. La Eucaristía, en particular, reclama el sacrificio de la vida personal. Como ha escrito Antonio Miralles, «La Eucaristía se proyecta sobre toda la vida del cristiano, o mejor aún, la atrae a sí [véase la coincidencia de la expresión con Jn 12, 32], como su centro y culmen; por eso el fiel, acogiendo con fe y amor el don del cuerpo del Señor, se obliga al mismo tiempo a empeñarse por hacer de sí mismo y de sus obras el sacrificio espiritual agradable a Dios»; después de mostrar cómo la liturgia expresa que los sacramentos constituyen una fuerza que implica obligaciones en la vida misma del bautizado, Miralles concluye: «la moral así como la espiritualidad cristiana tienen necesariamente una estructuración sacramental»⁸³.

83. A. MIRALLES, *I sacramenti cristiani*, Apollinare Studi, Roma 1999, 397 y 399. Véase también L. BOUYER, *L'Église de Dieu, Corps du Christ et Temple de l'Esprit*, Cerf, Paris 1970, 515-516.

La oración de bendición de la estatua pronunciada por Benedicto XVI retoma la Colecta de la Misa de San Josemaría: «Concedéndonos que en el ejercicio del trabajo ordinario nos configuremos a tu Hijo Jesucristo y sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención». Esta petición afirma implícitamente que ante todo quien actúa es Dios. Ésa es la idea central del texto preparado por Joseph Ratzinger con motivo de la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer: la acción de Dios prosigue en el curso del tiempo y en cada uno de nosotros. El teólogo aplica esta idea, desde un punto de vista eclesiológico y personal, a la fundación del Opus Dei, así como a la santidad: «si San Josemaría dice que todos están llamados a ser santos, me parece que en el fondo está reflejando esta experiencia personal suya de no haber hecho por sí mismo cosas increíbles, sino de haber dejado actuar a Dios»⁸⁴. Dejar que Dios actúe es permitir que el Espíritu de Cristo haga de nosotros hijos en el Hijo: si Cristo trabaja en nosotros, entonces se puede afirmar con San Josemaría que «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»⁸⁵. Un amor, que, desde la cruz, se extiende a la humanidad entera⁸⁶.

Todo puede por lo tanto ser «opus Dei». «Atraeré», dice Cristo, y no solamente «Venid»; «Atraeré a todos», porque la salvación es universal, y todos somos «atraídos» por aquel que es «elevado» de la tierra: en la liturgia del trabajo, Jesús es glorificado sobre la cruz, por amor.

Guillaume DERVILLE
ROMA

84. J. RATZINGER, «Dejar actuar a Dios», *L'Osservatore Romano*, 6.X.2002.

85. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 48.

86. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes tomados de una meditación*, 2.X.1971 (AGP, P09, 146): «No es posible amar a la humanidad entera [...] si no es desde la Cruz» (cit. en G. DERVILLE, *Rezar 15 días con Josemaría Escrivá*, Col. «15 días con», 2, Ciudad Nueva, Madrid 2002, 52).